



¿Guerra al libro?

JÓRGE EDWARDS

Hay que admitir que se realizan algunos esfuerzos, por lo menos a nivel municipal, en favor de la cultura o de lo que se entiende por cultura. Se mejoran las instalaciones del Teatro Municipal de Santiago, se invita a conjuntos extranjeros de danza, se promueve una feria del libro, se instituye un premio en Viña del Mar y se inaugura una plaza santiaguina con el nombre de María Luisa Bombal. Todo eso está bien, pero cuando se haga el balance de estos años, habrá que decir, con la mayor objetividad, que la situación del libro fue desastrosa, escandalosa.

Las cifras ya se conocen y son elocuentes. En los últimos diez años, las librerías chilenas han disminuido de alrededor de quinientas a cerca de ciento veinte. Los libros que se publican ahora en Chile son más o menos la décima parte de los que se publicaban en el pasado. Chile era el segundo consumidor de libros de América latina, después de Ar-

gentina, y el primero por cabeza de habitante. Ahora está muy por debajo de México, Venezuela, Colombia y también de Argentina, donde la lectura no ha disminuido en forma tan vertical como entre nosotros.

Las causas del fenómeno son variadas y complejas. El permiso previo de circulación, esto es, la censura, es una causa entre muchas otras. La mayoría de los libros que circulan actualmente en el país son de procedencia extranjera, de modo que los trámites internos de autorización de libros impresos en Chile no son, ni mucho menos, la única justificación del decaimiento notable de la lectura. Esos trámites, sin embargo, han adquirido un cariz desconocido en otras latitudes, mezcla de Kafka y de chiste criollo, y contribuyen bastante, de eso no hay la menor duda, a mantener el increíble marasmo actual.

Voy a citar un solo ejemplo. Uno de los pocos esfuerzos editoriales interesantes de este período ha sido la editorial Ganymedes, empresa pequeña, artesanal, exigente en la selección de los títulos, declaradamente minoritaria. Ganymedes, en un país socialista, caería bajo la flagrante sospecha de elitismo, de ser un núcleo de formalismo y decadencia. Ninguno de sus autores adhiere al código del realismo socialista. Ninguno es un militante revolucionario. Razones más que suficientes, en períodos difíciles, para que caiga el anatema.

Pues bien, esa misma editorial, para los funcionarios que se encargan entre nosotros de los permisos de circulación de libros, también es sospechosa, y probablemente por idénticas razones: elitismo, decadentismo, proposiciones de un arte y de una cultura que poco tiene que ver con las "franjas culturales", con Florcita Motuda y don Francisco, alimentos supuestamente normales de nuestras conciencias.

El resultado de esa sospecha

ha sido muy concreto. Mal de amor, de Oscar Hahn, uno de los mejores poetas chilenos contemporáneos, no ha obtenido el permiso de circulación correspondiente. Los funcionarios han considerado que habría problemas con uno de los poemas, que según su particular opinión rozaría la blasfemia.

Me permito formular aquí la siguiente pregunta. ¿Qué habría sucedido en la poesía chilena si los primeros Sonetos de la Muerte, de Gabriela Mistral, sonetos audaces, insólitos en una mujer de nuestro comienzo de siglo, dirigidos a un suicida, hubieran sido examinados con criterios equivalentes? ¿Qué habría sucedido si la poesía erótica y amorosa del Neruda juvenil hubiera tenido que pasar por el mismo examen?

Lo significativo del caso de Oscar Hahn es que su obra, este magnífico Mal de amor y todos sus libros anteriores, se inscribe en la tradición más auténtica de la poesía chilena. En el comienzo de Mal de amor hay un eco remoto de Las furias y las penas, el poema amoroso en que el Neruda de la madurez recogía y asimilaba los precedentes de Quevedo y de Góngora. Es decir, a través del Neruda de Tercera Residencia, los versos de Oscar Hahn reciben la herencia del Siglo de Oro. Pero su poesía también tiene elementos del juego y de la invención huidobriana:

"Caballos blancos
en la mar celeste..."

Hay, también, una presencia del epigrama moderno, del tono coloquial y popular de un Ernesto Cardenal y un Nicanor Parra. Antecedentes asimilados, incorporados a la sangre, como sucede en toda poesía verdadera. El lenguaje de Hahn es uno de los más depurados y más originales de nuestra literatura. Hahn ha logrado una real estilización de la experiencia personal. Esos "problemas" que han descubierto algunos funcionarios, esa dificultad para otorgarle el permiso de circulación a un libro tan ajeno a la

política, tan elaborado y estilizado como Mal de amor, son el reflejo de una actitud francamente asombrosa, digna de antología de casos literarios. En Brasil, en los momentos más difíciles, nunca ocurrió nada ni de lejos semejante. En la España franquista la censura tuvo normas claras, que permitieron, a la postre, un desarrollo editorial importante. La poesía chilena es un fenómeno cultural notable, único en el mundo, consagrado por dos premios Nobel de literatura. Más allá de las circunstancias, Chile siempre será conocido por su gran poesía, que no es el producto de dos casos aislados sino de toda una tradición y una cultura poética. Decir que "Misterio gozoso", el séptimo de los poemas de Mal de amor, "tendría problemas", es una perfecta ingenuidad. Si "Misterio gozoso" tiene problemas, toda la poesía chilena tiene problemas. Mejor y mucho más claro sería prohibirla por decreto. □